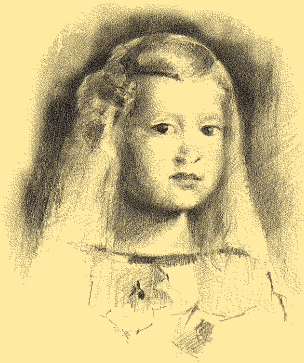


JOSÉ ALCALÁ

EL APOSENTADOR CANSADO  
Y OTROS ESCRITOS SOBRE VELÁZQUEZ

*Con ilustraciones del autor*



*La Hoja del Monte*

JOSÉ ALCALÁ

EL APOSENTADOR CANSADO  
Y OTROS ESCRITOS SOBRE VELÁZQUEZ

*Con ilustraciones del autor*



*La Hoja del Monte*

Reproducción de la obra de Velázquez: Museo Nacional del Prado.

© 2008, José A. Alcalá (texto e ilustraciones)

© de la edición: 2008, Editorial La Hoja del Monte, S. L.  
c/ Río Duero, 23 - 28210 Valdemorillo, Madrid (España)  
hojadelmonte@wanadoo.es / www.lahojadelmonte.es

## El aposentador cansado

*Retorno a los orígenes, significa en simbolismo de calendario que se ha sobrepasado la edad de sesenta años, se ha retirado de los asuntos públicos y ha empezado un nuevo ciclo de vida.*

Thomas Cleary (prólogo al libro de Huanchu Daoren).

Enigmática agrafia la de Diego Velázquez. Desesperación de sus biógrafos. ¿Por qué fue tan incapaz de dejarnos un puñado de cartas personales..., unos pocos párrafos que pudieran revelarnos algo acerca de su modo íntimo de entender la vida?

3 de julio de 1660.

Carta a su amigo, el pintor Diego Valentín Díaz:

“... llegué a esta Corte sábado al amanecer 26 de junio, cansado de caminar de noche y trabajar de día pero con salud y gracias a Dios hallé mi casa con ella”.

Es lo más emotivo que hoy podemos leer escrito de su mano. Velázquez moría apenas un mes después, acababa de cumplir los 61 años.

“Cansado de caminar de noche y trabajar de día”... *Oficio de vivir*. El relato de los últimos días de Velázquez tiene un gusto acibarado que nos entristece. Resulta poco creíble, por supervalorados que estuviesen los formalismos en el XVII, que un ser humano tan inteligente y maduro como él pudiese valorar su paso por la vida a través de los pueriles baremos del éxito o el fracaso.

¿Qué podían importarle a estas alturas a un sesentón cansado —y dotado de una inteligencia privilegiada— su posición en la corte o la tan deseada (como finalmente concedida “a dedo”) hidalguía?

Por eso el relato de sus últimos días está impregnado de la misma lúcida tristeza que *no pudo evitar* poner en el sobrecogedor retrato del malogrado Felipe Próspero. El hombre que pintó a aquel principito —delicada promesa de sucesión para la agonizante Monarquía española— ya no era aquel maduro optimista de *Las meninas*, capaz de autorretratarse —¡aparentando una docena de años menos!— junto a la insultante plenitud infantil de la pequeña Margarita.

Sin duda, las onerosas “informaciones” que tuvo que padecer para conseguir aquel efímero hábito de la Orden de Santiago —para escapar, en definitiva, de su injustificable condición de “vecino pechero”— habían hecho mella en su alegría de vivir. Nuevas tarascadas de la envidia, precisamente ahora que había alcanzado una edad, al menos para su época, provecta. La hipócrita mediocridad de la hidalguía y la sensación de desamparo ante una burocracia que imponía sus injustos prejuicios a la propia voluntad del rey tuvieron por fuerza que deprimir a Velázquez; un noble ser humano como él, ágrafo por naturaleza, solo tenía a su alcance una forma de contarnos todo esto: su pintura.

Paradojas de la vida: Velázquez, tras dispensa papal por su falta de nobleza “por línea paterna y materna”, es finalmente *hecho* hidalgo por Felipe IV precisamente el 28 de noviembre de 1659, día de san Próspero y segundo cumpleaños de Felipe Próspero. Probablemente por esas mismas fechas pinta el retrato de este nuevo serenísimo Príncipe de Asturias. Ya no hay, como en el retrato de su antecesor Baltasar Carlos, peto de acero, bengala de general ni espada.

Es interesante comparar estos dos retratos y los historiadores ya se han ocupado de ello: ahora los únicos atributos que adornan la figurita de Felipe Próspero son amuletos contra el mal de ojo y



Diego Velázquez. *La familia de Felipe IV o Las Meninas*, (detalle).  
Museo Nacional del Prado, Madrid.



Apunte de *El príncipe Felipe Próspero*, de Velázquez.  
Kunsthistorisches Museum, Viena.

las enfermedades —¡un verdadero catálogo, eso sí!—; tampoco hay ningún enano por debajo del heredero, tan solo una dulcísima perrita triste —a la que, según Palomino, don Diego tenía gran afecto— acompaña al niño apoyando su cabeza en el reposabrazos de un sillón frailer. Al fondo, como un lóbrego presagio, la oscuridad del viejo caserón del Alcázar amenaza con engullir al pequeño príncipe.

Jamás se había pintado, ni probablemente se vuelva a pintar como en este retrato, la tristeza de un niño de forma tan tierna y tan implacable a la vez; pero “la tristeza”, en la jerga de la germanía, era también la temida sentencia de muerte, y la ingenua mirada infantil, sin concesión alguna al sentimentalismo, presagia el fracaso definitivo, el colapso de la vida, con una intensidad aun mayor que la que brota de los *demasiado humanos* ojos que don Diego pintara en los últimos retratos de su padre, el cuarto Felipe de los Austrias... Todo se desmorona en España a finales de la década de los cincuenta. Velázquez está ahí.

\* \* \*

Es imposible compartir la ingenua admiración de sus epígonos. Los últimos meses de vida de Velázquez, a la luz de los siempre escasos documentos de que podemos disponer, nos muestran a un servidor real ocupado en despachar prolijos trámites palaciegos. La misma diestra que hacía tres años había trazado las maravillosas serpentinas de luz que zigzaguean por la tela de *Las meninas* se ocupaba, apenas unos meses antes de que la muerte la inmovilizara definitivamente, en redactar memoriales y pedir socorros para las atenciones básicas de palacio:

“... y los barrederos y oficiales, de mano dependientes de su oficio no sirven ni dan recado, y lo que es más es, que no hay un real para pagar la leña de las chimeneas del cuarto de S.M.”.



En 1724, casi trece lustros después, Palomino nos narra en su biografía del artista una rutilante ceremonia en la Isla de los Faisanes: espadines labrados, veneras guarnecidas de diamantes y ricas puntas de plata de Milán. Esta es la imagen que ha encandilado a una buena parte de sus biógrafos y, posiblemente, la que el cauteloso Velázquez deseó que quedara a su muerte. ¿Pero acaso nuestro respeto a su figura justifica que dejemos de cuestionarnos esta bienintencionada *pintura* de la realidad? Está más que claro que ese quórum que cierra con una apoteosis final la “vida y obra” de Diego Velázquez es, cuanto menos, cuestionable. Los hechos, a poco sensibles que seamos hacia el cansancio de aquel hombre, entrado ya en la senectud, parecen apuntar en otra dirección.

El jueves, 8 de abril de 1660, sale de Madrid el aposentador mayor de palacio. Ahora sabemos que va a ser el último viaje que Velázquez realice en su vida. Su misión es acondicionar los alojamientos para el viaje real a Fuenterrabía y decorar la parte española del pabellón de la Isla de los Faisanes. En esta franja de tierra de nadie, bañada por el Bidasoa, va a tener lugar la entrega como futura esposa de la infanta María Teresa a su primo Luis XIV y, de paso, el canto de cisne de España como potencia hegemónica europea con el traspaso de poderes a Francia.

El primero de abril, quizá más por ser portador de la venera de la Orden de Santiago que por estar a punto de cumplir los sesenta y un años, se le concede por cuenta del rey una litera de camino, lo que le dispensa de tener que viajar como sus ayudantes, a lomos de una “mula de silla”.

El trabajo va a ser agotador, el aposentador dispone apenas de dos meses para realizarlo: de Alcalá a Guadalajara, y de allí a Berlanga, Gormaz, Burgos... Como bien nos dice Julián Gállego: “Hercúleo trabajo, sometido a críticas por todos lados, mucho más comprometido que pintar Las hilanderas”. Pero Velázquez

demuestra una vez más su eficiencia como gestor real y el lunes, 7 de junio, asiste —al parecer desde una posición preferente— a la fastuosa ceremonia.

Como suele ocurrir, después de la borrachera viene la resaca; hay que desandar lo andado. El testimonio de Palomino es sobradamente conocido: esta vez don Felipe IV —seguramente satisfecho por el ambiguo éxito de su viaje— decide que Velázquez lo acompañe y que sea su ayuda, José de Villa-Real, quien se adelante a hacer el aposento.

Atravesando el Guadarrama por El Escorial la comitiva llega a Madrid aquel amanecer del 26 de junio. El rey es recibido en la Casa de Campo por su joven sobrina y esposa, doña Mariana de Austria y Velázquez se encuentra por fin con su familia y amigos que lo reciben “con más asombro que alegría, por haberse divulgado en la corte su muerte, que casi no daban crédito a la vista: parece fue presagio de lo poco que vivió después”.

Y así fue. El último sábado del mes de julio, después de haber servido toda la mañana al rey, comienzan las “grandes angustias y fatigas en el estómago y el corazón”. Felipe le envía a sus médicos de cámara: gravísimo principio de “terciana sincopal minuta sutil”. La situación es crítica. Como una severa admonición aparece también en escena el arzobispo de Tiro y patriarca de las Indias, que se encarga de confortar al sediento enfermo con una larga plática...

El viernes 6 de agosto de 1660, a las dos de la tarde, muere Diego Velázquez. Su cadáver es amortajado con el hábito de la Orden de Santiago.

\* \* \*

Una pregunta queda en el aire: ¿tuvo Diego tiempo suficiente para hacer su propio *retorno a los orígenes*? Las apariencias

parecen negarlo. El que para las generaciones futuras figurará como “pintor de los pintores” no consiguió en vida ese retiro en paz de los asuntos públicos; pero para desmentir esas apariencias basta con acompañar sin prisas, con cariño, a cualquiera de sus retratos infantiles: ¿cuánta *serenidad de espíritu* hace falta para pintar así a un niño, a un perro..?



Apunte de *Retrato de una niña*, de Velázquez.  
The Hispanic Society of America, New York.

## Notas

Huanchu Daoren, *Retorno a los orígenes, reflexiones sobre el Tao*, Edaf, Madrid, 1993, pág. 10.

Carta a Diego Valentín Díaz:

*Corpus Velazqueño*, (dos tomos), Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid, 2000, I, pág. 461.

Cédula de concesión de hidalguía a Velázquez:

*Corpus*, I, p. 451.

Retrato de Felipe Próspero:

En su *Velázquez, pintor y cortesano*, Jonathan Brown ya observa “la tenue pero ineludible atmósfera de pesimismo” que impregna el retrato, y lo compara con el de *Baltasar Carlos y un enano* (pág. 229).

En otro texto, se basa en una descripción del príncipe que hace el embajador veneciano Querini: “... *ed e di delicata complessione, di moto tardo, all’ austriaca senza colore in faccia, e bocca aperta; con occhio ceruleo e testa grande, ma con poco vigore ne ‘ ginocchi ...*” para concluir que “... por primera vez en su carrera, Velázquez ha mejorado sustancialmente el aspecto de un modelo para tapar sus defectos y hacerlo más atractivo”.

Pienso que, en efecto, Velázquez incluye en este retrato algunas de sus sutiles “correcciones” —el ambiguo modelado blando de la *testa* del príncipe, por ejemplo— pero las encuadraría en la misma línea de licencias que se permitió al elegir aquellos “perfiles buenos” a la hora de realizar sus retratos de Olivares.

Tras muchas horas junto a este Felipe Próspero no he sido, con franqueza, capaz de intuir esas mejoras tan “sustanciales” que aprecia Brown.

*Velázquez, Rubens y Van Dyck. Pintores cortesanos del siglo XVII*, cat. exp., Museo del Prado, Madrid, 1999, pág. 151.

Memorial de Velázquez solicitando mil ducados de socorro:  
*Corpus*, I, pág. 453.

“... más comprometido que pintar Las hilanderas”:  
Julián Gállego, *Velázquez*, Alianza, Madrid, 1994, pág. 61.

Palomino y la muerte de Velázquez:

*Corpus*, II, pág. 602.

Ver también sobre la falsa noticia del fallecimiento la carta de Niccolo Ricci al cardenal Barberini (15 de mayo de 1660): “... *per il camino il D. Diego Velasco Pittore così celebre appresso Sua Maestà morse d'infermità molt'in breve...*”

*Corpus*, I, pág. 460.



Detalle de un apunte de  
*El príncipe Felipe Próspero*, de Velázquez.

## *La Hoja del Monte*

### **Serie Mayor**

1. *De las cosas memorables de España Libri I-III*

Lucio Marineo Sículo

2. *Parecer sobre la averiguación de las vecindades de la provincia de Segovia. 1533*

Juan de Figueroa y Jerónimo de Solís

### **Serie Minor**

1. *Viaje alrededor del globo realizado por la Escuadra al mando de don Ignacio María de Álava. Con anotaciones sobre las operaciones de dicha escuadra en los mares de Filipinas. 1795-1803*

Antonio Laborda

2. *Viajar en la España del Quijote*

Antonio Laborda

3. *Textos de Estadística*

José María Ibáñez

4. *18 Diccionario geográfico de España y sus colonias. Provincia de Granada*

D. F. de P. Vidal

### **Líneas contadas**

1. *POLVO ERES... Reyes, Papas y Santos*

Nieves Concostrina

2. *POLVO ERES... Filósofos, Escritores, Músicos y Pintores*

Nieves Concostrina

### **Fuera de colección**

- *Flora natural de Valdemorillo. I Plantas leñosas*

J. Ramón Gómez Fernández y Cristina Losa Araujo

- *Mis patas de gallo*

Almudena Barinaga Díaz